

Max Silva Tuesta:

Vallejo y Tántalo

Sólo así se entiende que paladeara el sufrimiento, disfrutándolo:

Pero yo sufro, como te digo. / dulcemente, recordando / lo que hubimos sufrido ambos a la muerte de ambos, o que insistiera en hablar sobre el placer de sufrir, o que diera a entender que, además de sufrir pasivamente, él se provocaba el dolor: En el sentido llorante de esta voz, / me hago doler yo mismo / extralago tristemente / por la noche mis uñas.

El siguiente ejemplo lleva a pensar que, en cierto grado, Vallejo era consciente de su masoquismo: *No se reconoce en esta queja de dolor, a la propia / queja de la dicha en éxtasis.* En otra oportunidad ironiza, con el más gris de los humores, su inacabable condición de ser doliente: y de sufrir tan poco estoy muy resentido.

De igual modo, tratándose del amor, Vallejo da la impresión de haber querido ser, más que gozoso amante, penitente contumaz.

y si no has querido plasmarte jamás / en mi metafísica emoción de amor. / deja que me azote /, como un pecador.

La experiencia del "Casi"

No son pocas las personas que se quejan de no irles bien la vida, teniendo las condiciones para que sucediera lo contrario, a pesar de estar rodeado de los frutos más apetitosos y de estar metido en el agua hasta el cuello.

Tántalo sufrió del modo referido en señal de castigo por inmolarse a su hijo, Pélope, y servirlo como plato a los dioses. Había pretendido, con eso, probar si los dioses eran capaces de adivinar o no que se les estaba dando de comer carne humana. La clarividencia divina, por supuesto, se patentizó y el filicida no tuvo otra alternativa que cumplir la condena anotada.

Pese a su antigüedad, esta anécdota punitiva sigue generando sugestivos conceptos sobre la condición humana. Me explico. En los tiempos modernos, tántalos modernos suelen decir: "Casi ingreso a la Universidad", "Casi me saca la lotería", "Casi me aceptan..." y así sucesivamente, como en el suplicio tantálico, el cual consistió, más que en padecer hambre y sed, en que Tántalo quedaba frustrado justamente cuando iba a alcanzar lo que apetecía. En otras palabras, cada intento de Tántalo por tomar agua o alimento terminaba, no en una experiencia de satisfacción sino en la experiencia del "casi".

Vallejo y el objeto inalcanzable

Igual que Tántalo, Vallejo también vivió en olor de condenado. En "Las dadas eternas", donde reta a Dios paladinamente, Vallejo llega a decir: *Hoy que en mis ojos brujos hay candelas, / como en un condenado.*

Igual que Tántalo, Vallejo también padeció de hambre y sed en un mundo atestado de objetos que podían haber extinguido esa hambre y esa sed. Sin embargo, esos objetos en relación con Vallejo, tuvieron la virtud de convertirse en objetos inalcanzables. Tanto era así, que en una de las 114 cartas que escribió a Pablo Abril, puede leerse este párrafo que el propio Tántalo hubiera suscitado: *Me parece que yerro—confiesa Vallejo— al buscar seguridad económica o al menos, el pan a su hora y el agua a su hora. Yo he nacido para pobre de solemnidad y cuanto haga en contra será, como lo ha sido hasta ahora, estéril.*

Igual que Tántalo, Vallejo también vive la experiencia del "casi", ese suplicio en que alguien, cualquiera diría con sadismo, se dedica a acércar y alejar lo que la víctima apetece.

Hay alguien que ha bebido mucho, y se burla / y acerca y aleja de nosotros, como negra cuchara / de amarga esencia humana, la tumba... / Y menos sabe / ese oscuro Ánata cuándo la cena durará!

Aquel límite especial, el del "casi" ubicado entre lo que es el término de una promesa y lo que es el comienzo de una frustración, que es el límite, está presente en la obra poética de Vallejo desde su primer poema. En éste encontramos el pan que en la puerta del horno se nos quema, o sea, lo que está por conseguirse o al punto de realizarse, pero que, por un triz, al final, no se consigue ni llega a buen término. Allí mismo nuestro poeta literalmente se refiere a los panes tantálicos. Panes que están, pues, frente a quien los necesita, y que, pudiendo satisfacer su hambre, nunca llegarán a satisfacerlo. Años después, en "Trilce", otra vez literalmente, Vallejo se refiere a ciertas posibilidades tantálicas. Por tener carácter tantálico, dichas posibilidades no pasan ni pasarán de ser fallidas posibilidades, como si, por alguna razón, hubiesen



perdido su virtualidad de realización, por más que lo que se quiere lograr está ahí no más muy cerca, a la mano. ¡Ay qué mejor ejemplo del tantalismo vallejoano de la época europea que el destino de Pedro Rojas! Destino que, estando por cumplirse a plenitud, justamente no se cumple porque lo traloran, dice Vallejo, cuando andaba cerca ya de todo. Nuevamente el "casi".

El enfoque Berneano

Eric Berne utiliza el tema de la tantalidad para darle presencia simbólica a su teoría de los guiones. "Los guiones Nunca—según Berne— están representados por Tántalo". Las personas con esos guiones—afirma el mismo autor— "son aquellas a quienes los padres les prohíben hacer lo que más quieren, y entonces se pasan la vida atormentadas y rodeadas de tentaciones. Soportan la maldición Paterna porque el Niño que hay en ellas teme lo que más quiere, de modo que tales personas se atormentan a sí mismas.

Fácilmente se deduce que gran parte de las peripecias de Vallejo se debe a que éste, de acuerdo al planteamiento berneano, tenía el guión Nunca. "El llempo pasa, Pablo querido—escribe Vallejo en otra carta—, y hay que aprovecharlo, al menos para las cosas líricas y desinteresadas, ya que para las cosas y bienes de este mundo, no lo hemos de aprovechar nunca".

El equivalente psicoanalítico de lo que Berne señala sobre el resultado de la maldición paterna, vale decir, la propensión a atormentarse a sí mismo, es el masoquismo.

Una "conciencia moral" exigentemente sádica, como el tumor de conciencia de César Vallejo, llene mucho que ver con tal masoquismo, en tanto tamaño conciencia equivale a un cumplido surtido de sentimientos de culpa a la guarda de una jauría de remordimientos.

Así como en su obra, en la biografía de nuestro poeta existen irrecusables testimonios sobre el particular. El autor de "Los Heraldos negros" según Juan Espejo Asturzaga, "preciente que siempre será un fracasado en la vida porque se siente culpable de hechos que no se explica".

El enfoque bettelhamiano

Si Vallejo ignora las causas de ese sentimiento de culpa y para el caso sólo invoca a "hechos que no se explica", quiere decir que estos hechos están enraizados en el estrato inconsciente de su psiquismo, precisamente donde el complejo de Edipo, según la ortodoxia freudiana tiene una función rectora.

Bruno Bettelheim, por ejemplo, obediente a la pretidiosa autoridad de Freud, incluye el mito de Tántalo entre "toda una serie de mitos, cuya parte central es el de Edipo". Achacosos de un panedipismo esterilizante, el connotado Bettelheim en ningún momento aduce, al referirse al mito de Tántalo, otro elemento diferente al "temor que un progenitor tiene a su hijo". Pero, en la leyenda tantálica hay muchos otros fenómenos distintos de los que integran el complejo de Edipo. Por decir lo menos, Bettelheim los pasa por alto, como un by-pass. Pasa por alto, verbigracia, todo el subsuelo "oral" que atraviesa de lado a lado el fenómeno tantálico, subsuelo "oral", quien sabe más importante en este caso que el edipismo de superficie. El famoso autor de "La fortaleza vacía" para nada toma en cuenta la correspondencia que existe entre el crimen y el castigo del suceso tantálico vale decir, la naturaleza "oral" de ambos: si la falla tuvo que ver con el hecho de dar de comer y beber, la expiación se realizaba a través de los mismos, pero al revés, no comiendo ni bebiendo el condenado.

En suma, el complejo de Edipo es insuficiente para explicar todo lo concerniente a esa llamativa incapacidad de obtener los objetos que, por derecho propio, a cada sujeto le corresponde obtener de la vida, ni más ni menos como sucedió con Vallejo. El autor de "La cena miserable" se sentía culpable incluso frente a la inminencia de alguna modesta satisfacción "oral": y pleno que, si no hubiera nacido, / otro pobre tomara este café. ¡Yo soy un mal ladrón... ¡A dónde iré! Hay que valerse, pues, de un mito distinto al de Edipo para descubrir la raíz de este carácter vallejoano.

Más si se ha de sufrir de mito a mito, como dijera Vallejo, ¿por qué no poner a prueba, aunque fuera por pura curiosidad intelectual, la validez de lo que aquí llamamos complejo de Tántalo?

Los refuerzos del tantalismo

Más allá de una intención de hablar en sentido figurado, afirmamos que Vallejo nació con hambre, con una hambre descomunal, hambre pantagruélica. Radicado todavía en el hogar paterno, donde nunca le faltó la exacta ración, Vallejo mostró prematuramente una avidez "oral", una voracidad, digamos pirrética: "El muchacho—cuenta Conde, refiriéndose al muchachito Vallejo— aprovechaba para sacar panes a escondidas, que ocultaba bajo su almohada para comerlos de noche: cuando lo sorprendieron en sus banquetes nocturnos, declaró a sus padres: "Estoy soñando que estoy comiendo el pan que hemos amasado hoy". También, al trazar garabatos en el suelo, sin saber escribir todavía, afirmaba el niño: "Estoy escribiendo a mamá que tengo hambre".

A propósito, la madre de Vallejo hubiera sacrificado cualquier cosa con tal de conservar al hijo para siempre a su lado, también por nutrirlo, no sólo con la ración del día, sino con raciones anticipadas para cuando no haya. Esta sobreprotección materna tuvo serias repercusiones en la personalidad de Vallejo. Andando el tiempo, él lo confirmó: el niño crecería ahito de felicidad / o albas / ante el pesar de los padres, de no poder dejarnos / de arrancar de sus sueños de amor en este mundo; / ante ellos que, como Dios, de tanto amor / se comprendieron hasta creadores / y nos quisieron hasta hacernos daño.

Por lo menos un "daño" es evidente en Vallejo: Haber sido convertido de esta manera en eterno niño. No por otra razón, a los veintiséis años de edad, aun seguía apeteciendo a su progenitora como sule apeteecer un niño de pecho: "Casi podían ajárseme los labios—dice Vallejo— para hozar el pezón eviterno, siempre lácteo de la madre; si, siempre lácteo, hasta más allá de la muerte".

